

Esta puente, mi espalda es una colección de escrituras feministas por asiáticas, indígenas, afroamericanas, y latinas, en suma mujeres de color, que viven en los Estados Unidos.

Contiene ensayos, poesía, y teoría política. Con 40,000 ejemplares de su edición inglesa en circulación, este libro sirve como testimonio de la existencia del feminismo terceromundista en los EEUU y como catalizador al avance de ese movimiento.

Vo  
E  
L  
5.3-4  
PUENTE, MI ESPALDA  
mujeres terceromundistas en los EEUU  
Cherrie Moraga & Ana Castillo

editado por Cherrie Moraga  
y Ana Castillo

*Esta puente,  
mi espalda*

# **Esta puente, mi espalda**

*Voces de mujeres  
tercermundistas  
en los Estados Unidos*

# Esta puente, mi espalda

---

*Voces de mujeres  
tercermundistas  
en los Estados Unidos*

---

*editado por Cherrie Moraga  
y Ana Castillo*

*traducido por Ana Castillo  
y Norma Alarcón*

ism  
  
press

San Francisco

Copyright © 1988 by Cherrie Moraga and Ana Castillo.  
All rights reserved.

---

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Esta puente, mi espalda.

Translation and adaptation of: This bridge called  
my back.

Includes index.

1. American literature—Women authors—Translations into Spanish.
  2. American literature—Minority authors—Translations into Spanish.
  3. American literature—20th century—Translations into Spanish.
  4. Spanish literature—Translations from English.
  5. Minority women—United States—Literary collections.
  6. Radicalism—Literary collections.
  7. Feminism—Literary collections.
- I. Moraga, Cherrie. II. Castillo, Ana. III. This bridge called my back.

PS525.E5E78 1988 810'.8'09287 88-13481

ISBN 0-910383-20-0

ISBN 0-910383-19-7 (pbk.)

---

*Queremos expresar nuestro agradecimiento a Lucha Corpi por su contribución a este libro como asesora y por su papel como correctora de pruebas. Durante los dos años en que se llevó a cabo este proyecto, Lucha Corpi fue una voz esencial. También, agradecemos a Pilar Alvarez por la última corrección de pruebas.*

—Ana Castillo

Norma Alarcón

Cherrie Moraga

*Los dibujos en la portada hechos por Ana Castillo.*

**Ism Press, Inc.**  
**editorial “ismo”**  
P.O. Box 12447  
San Francisco, CA 94112  
USA — EEUU

“Entre primavera y otoño” y “Martes en Toledo”, derecho de autora © 1988 por Ana Castillo, reimpresos de *My Father Was a Toltec* (Albuquerque, NM: West End Press), con permiso de la autora. “Poemas de Marina”, derecho de autora © 1980 por Lucha Corpi, reimpresos de *Palabras de mediodía* (Berkeley, CA: El Fuego de Aztlan) con permiso de la autora. “Sin título”, “Chicanismo”, “Ternura”, y “La masacre del Parque Humboldt”, derecho de autora © 1986 por Filberto Ramírez para María Saucedo, reimpresos con permiso de Filberto Ramírez, fiduciario.

# Contenido

<b>Lista de ilustraciones</b> .....	<i>10i</i>
<b>Glosario</b> .....	<i>13i</i>
 <i>Kate Rushin</i>	
<b>El poema de la puente</b> .....	<i>15i</i>
 <i>Ana Castillo y Norma Alarcón</i>	
<b>Apuntes de las traductoras</b> .....	<i>18i</i>
 <i>Cherrie Moraga</i>	
<b>Introducción: En el sueño, siempre se me recibe en el río</b> .....	<i>1</i>
<hr/>	
<b>I. Las raíces de nuestro radicalismo</b>	
<b><i>La teoría encarnada</i></b> .....	<i>9</i>
 <i>Nellie Wong</i>	
<b>Cuando crecía</b> .....	<i>13</i>
 <i>Cherrie Moraga</i>	
<b>Para el color de mi madre</b> .....	<i>16</i>
<b>La güera</b> .....	<i>19</i>
 <i>Naomi Littlebear</i>	
<b>Sueños de la violencia</b> .....	<i>31</i>
 <i>Barbara Cameron</i>	
<b>Para los que no son bastardos de los peregrinos</b> .....	<i>35</i>
 <i>Mitsuye Yamada</i>	
<b>A la señora</b> .....	<i>43</i>
<b>La invisibilidad es un desastre innatural</b> .....	<i>47</i>

 <i>Anita Valerio</i>	
<b>En la sangre, el rostro y el sudor está la voz de mi madre</b> .....	<i>55</i>
 <i>Aurora Levins Morales</i>	
<b>“...Y ¡ni Fidel puede cambiar eso!”</b> .....	<i>61</i>
 <i>Chrystos</i>	
<b>Camino entre la historia de mi gente</b> .....	<i>70</i>
<hr/>	
<b>II. Entrelíneas</b>	
<b><i>Nombrando las diferencias</i></b> .....	<i>75</i>
 <i>Jo Carrillo</i>	
<b>Y cuando se vayan, llévense sus retratos</b> .....	<i>79</i>
 <i>Rosario Morales</i>	
<b>Todas corremos la misma suerte</b> .....	<i>82</i>
 <i>Audre Lorde</i>	
<b>Las herramientas del amo nunca desarmarán la casa del amo</b> .....	<i>89</i>
 <i>Ana Castillo</i>	
<b>Entre primavera y otoño</b> .....	<i>94</i>
<b>Martes en Toledo</b> .....	<i>97</i>
 <i>Cheryl Clarke</i>	
<b>El lesbianismo: Un acto de resistencia</b> .....	<i>99</i>
 <i>Merle Woo</i>	
<b>Carta a amá</b> .....	<i>109</i>
 <i>Naomi Littlebear</i>	
<b>Amante de la tierra, sobreviviente, música</b> .....	<i>121</i>

<i>Sonia Rivera-Valdés</i>	
<b>De verdad verdad ¿por qué te fuiste de Cuba? .... 125</b>	
<i>Morena de Martínez</i>	
<b>No podemos regresar..... 135</b>	
<i>Maria Saucedo</i>	
<b>Yo, mexicana de mi barrio, vine (un homenaje).... 139</b>	
<hr/>	
<b>III. El mundo zurdo</b>	
<i>La visión .....</i>	<b>151</b>
<i>Chrystos</i>	
<b>Devuélveme .....</b>	<b>155</b>
<i>Gloria Anzaldúa</i>	
<b>La prieta.....</b>	<b>157</b>
<i>La Colectiva del Río Combahee</i>	
<b>Una declaración feminista negra .....</b>	<b>172</b>
<i>Barbara Smith</i>	
<b>Epílogo .....</b>	<b>187</b>
<i>Pat Parker</i>	
<b>La revolución: No es limpia, ni bonita, ni veloz .....</b>	<b>191</b>
<i>Elsa Granados</i>	
<b>Haciendo conexiones .....</b>	<b>201</b>
<i>Cruz Gómez, Gabriela Gutiérrez, Shirley Muñoz-Flores, y María Pérez</i>	
<b>Activistas de Watsonville (entrevista por Ana Castillo) .....</b>	<b>205</b>
<i>Gloria Anzaldúa</i>	
<b>Hablar en lenguas: Una carta a escritoras terciermundistas .....</b>	<b>219</b>
<i>Norma Alarcón</i>	
<b>La literatura feminista de la chicana: Una revisión a través de Malintzin o Malintzin: Devolver la carne al objeto .....</b>	<b>231</b>
<i>Lucha Corpi</i>	
<b>Poemas de Marina.....</b>	<b>243</b>
<i>Nellie Wong</i>	
<b>En búsqueda de mí misma como héroe: Una carta a mí misma .....</b>	<b>249</b>
<i>Inés Hernández</i>	
<b>Cascadas de estrellas: La espiritualidad de la chicana/mexicana/indígena .....</b>	<b>257</b>
<i>Chrystos</i>	
<b>No hay roca que me desprecie como puta .....</b>	<b>267</b>
<b>Biografías de las artistas .....</b>	<b>270</b>
<b>Lista de casas editoriales estadounidenses .....</b>	<b>272</b>
<b>Índice .....</b>	<b>275</b>

# **Lista de ilustraciones**

‘Libertad’, por Ester Hernández.....	20 <i>i</i>
Niñas chinoamericanas rescatadas de la esclavitud .....	12
Cherríe Moraga .....	18
‘Envenenamiento de mercurio’, por Ester Hernández....	30
Barbara Cameron .....	34
Mitsuye Yamada .....	42
‘Autoretrato como San Sebastián’, por Margo Machida ...	46
Anita Valerio .....	54
Aurora Levins Morales .....	60
Niñas indígenas sometidas a la aculturación forzada .....	68-9
Jo Carrillo .....	78
Rosario Morales .....	83
Audre Lorde .....	88
Ana Castillo.....	96
Cheryl Clarke .....	98
Merle Woo .....	108
‘Sentir mi propio peso’, por Pilar Agüero .....	115
‘El Buda duerme’, por Margo Machida .....	120
Sonia Rivera-Valdés .....	124
‘Autoretrato’, por Pilar Agüero.....	134
‘Corazón’, por Juana Alicia .....	140
Chrystos .....	154
Gloria Anzaldúa .....	156
Niñas negras en el Parque Malcolm X.....	170-1
Barbara Smith .....	186
Pat Parker .....	190
Jóvenes negras huyendo de los policías .....	195

Elsa Granados .....	200
Las huelguistas de Watsonville celebran su victoria.....	204
Sin título, por Marina Gutiérrez .....	218
Norma Alarcón.....	230
Lucha Corpi .....	242
Nellie Wong .....	248
‘La espalda de una mujer’, por Michele Ku .....	253
Inés Hernández .....	256
Sin título, por Santa Barraza.....	265

# Glosario

**anglo:** referencia específica a los fundadores de EEUU, o sea el anglosajón. Sin embargo, los chicanos lo usan para referirse a cualquier persona blanca de habla inglesa.

**closet (armario), salir del:** se refiere a la mujer que públicamente declara su sexualidad gay.

**chicana:** mujer de ascendencia mexicana que radica en EEUU y promueve el mejoramiento de su raza.

**derechos civiles, el movimiento de:** se refiere a la actividad política a favor de los negros a partir de 1955 y durante la década de los 60, encabezada por el negro Martin Luther King. También este movimiento inspiró el surgimiento del movimiento feminista y del tercero mundo.

**familia nuclear:** concepto norteamericano con referencia a la familia compuesta por padre, madre e hijos como entidad aislada.

**gay:** Esta palabra (pronunciada en inglés como *guei*), que originalmente significaba “alegre”, la ha apropiado el movimiento de los homosexuales y lesbianas para referirse a la identidad y cultura homosexual y lésbica.

**heterosexismo:** se refiere a la práctica de dar importancia única a la relación heterosexual así discriminando contra otros cuya preferencia sexual es gay.

**homofobia:** se refiere al temor y prejuicio que se manifiestan contra las gay.

**identidad:** Actualmente en los EEUU la activa búsqueda de una nueva identidad se hace con el propósito de tomar control sobre nuestra propia realidad, así negando las imágenes falsas que nos ofrece el opresor.

**internalización de la opresión:** se refiere al hecho que la oprimida llega a creerse culpable de su propia situación, así dificultando su conscientización política.

**lo personal es político:** el lema feminista de nuestro tiempo que insiste en la relación íntima entre la experiencia privatizada y el dominio público y político.

**mujer que se identifica con la mujer:** se refiere a la mujer cuya lealtad y compromiso tiene como fin el mejoramiento de la condición de la mujer.

# El poema de la puente

*Kate Rushin*

*La afroamericana Kate Rushin nació en 1951 y se crió en Camden y Lawnsid, New Jersey. ("Lawnsid era un pueblo totalmente de Negros"). Por doce años ha vivido en Massachusetts donde ha trabajado como maestra de poesía en las escuelas públicas de Boston, ha sido miembro de la colectiva de la librería de mujeres New Words, y a desarrollado para la radio un programa comunitario para las mujeres de Boston.*

Estoy harta,  
Enferma de ver y tocar  
ambos lados de las cosas  
Enferma de ser la condenada puente de todos

Nadie  
se puede hablar  
sin mí  
¿No es cierto?

Explico mi madre a mi padre mi padre a mi hermanita  
mi hermanita a mi hermano mi hermano a las feministas blancas  
las feministas blancas a la gente de la iglesia Negra  
la gente de la iglesia Negra a los ex-jipis\*  
los ex-jipis a los separatistas Negros  
los separatistas Negros a los artistas  
los artistas a los padres de mis amigos...

\***Hippies (jipis):** Un fenómeno de los años sesenta, fueron una expresión en masa de la juventud de la clase media contra las normas establecidas por la sociedad. Unos veinte años después, la mayoría de ellos actualmente han logrado llegar a una clase semejante a sus padres.



**Cherrie (Xeri) Moraga**, nacida en California, es poeta, dramaturga, y editora. Sus publicaciones incluyen la versión original de este volumen,

This Bridge Called My Back (1981) y fue una de las editoras de la colección de escrituras de feministas latinas, Cuentos: Stories by Latinas

(New York: Kitchen Table Press, 1983). También es la autora de una colección de prosa y poesía titulada, Loving in the War Years: Lo que nunca pasó por sus labios (Amando durante los años de guerra, Boston, MA: South End Press, 1983) y de una obra teatral, Giving Up the Ghost (Para renunciar al fantasma, Los Angeles: West End Press, 1986).

Actualmente da clases de producción literaria en el programa de estudios Chicanos en la Universidad de California en Berkeley.

# La güera

*Cherrie Moraga*

*Se requiere algo más que la experiencia personal para establecer una filosofía o punto de vista sobre cualquier acontecimiento. La cualidad de nuestra respuesta al acontecimiento y nuestra capacidad para entrar dentro de la vida de otros es lo que nos ayudará a apropiarnos de nuestras vidas y experiencias.*

—Emma Goldman\*

Soy la hija, educada, de una mujer que para las normas de este país puede ser considerada analfabeta. Mi madre nació en Santa Paula, California del Sur, en una época en que la mayor parte del valle central era tierra agrícola. Cerca de treinta y cinco años después, en 1948, ella era la única de seis hermanos que se había casado con un anglo, mi padre.

Recuerdo las historias de mi madre, probablemente mejor de lo que ella se imagina. Es una brillante narradora de cuentos, capaz de recordar todos los acontecimientos de su vida con la nitidez del presente, señalando incluso detalles como el color o el corte de un vestido. Recuerdo las historias de cuando fue sacada de la escuela a los cinco, nueve, y once años de edad, para trabajar en los campos junto con sus hermanas y hermanos; historias de su padre, bebiéndose las pequeñas ganancias que mi madre era capaz de ganar para ayudar a la familia; la recuerdo tomando el camino más largo para evitar encontrarse con él en la calle cuando se dirigía, tambaleándose, hacia el mismo destino. Recuerdo historias de mi madre mintiendo acerca de su edad para poder conseguir trabajo como obrera en la industria sombrerera, en Agua Caliente Racetrack, en Tijuana. A los catorce años ella era el sostén principal de la familia. La puedo ver caminando sola a las 3 de la mañana, únicamente para entregar su salario y propinas a su madre, nuevamente embarazada.

\*Alix Kates Shulman, "Was My Life Worth Living?" ("¿Valió la pena mi vida?"), Red Emma Speaks. New York: Random House, 1972, p. 338.

Las historias continúan a través de los años: fábricas prensadoras de nueces, la fábrica Voit Rubber, y luego el *boom* de las computadoras. Recuerdo a mi madre trabajando como maquiladora para las plantas electrónicas de nuestro vecindario: Entrada ya la tarde, ella se sentaría frente al televisor envolviendo alambres de cobre en la parte trasera de tablas de circuito, y hablando de “mantenerse al día como las muchachas jóvenes”. Para entonces, estaba en la mitad de sus años cincuentas.

Mientras tanto, yo estaba iniciando mis estudios universitarios. Después de clases iba con mi madre a llenar sus solicitudes de trabajo o a hacer sus cheques del supermercado. Nosotras preparábamos previamente el escenario. Mi madre firmaba el cheque antes de que llegáramos a la tienda. Luego, cuando nos acercábamos a la caja, ella diría “Ay cariño, adelántate y haz el cheque”, como si no pudiera molestarse con un detalle tan insignificante. Nadie hacía preguntas.

Yo recibí una educación y siento por ello orgullo y satisfacción; puedo llevar la cabeza erguida con el conocimiento, recibido de mi madre, de que mi vida sería más fácil que la suya. Yo fui educada; pero, más que eso, yo era “la güera”—la de la piel clara. Nacida con las facciones de mi madre chicana, pero con la piel de mi padre anglo, la vida sería fácil para mí.

Nunca nadie me dijo precisamente que lo claro fuera lo correcto, pero yo sabía que ser de color claro era algo que se valoraba particularmente en mi familia (toda chicana, a excepción de mi padre). De hecho, todo lo que tuvo que ver con mi educación (al menos la que ocurrió a un nivel consciente), trató de blanquear aun más el color que ya tenía. Aunque mi madre hablaba con fluidez el español, a mí nunca me enseñaron mucho español en casa. Yo capté lo que aprendí en la escuela, y lo que alcanzaba a oír de las conversaciones entre mi madre y mis familiares. Muchas veces se refería a otros mexicanos de ingresos bajos como braceros o espaldas mojadas; y de sí misma y de su familia decía que eran “gente de diferente clase”. Y en realidad, la verdad es que mi familia fue también pobre (algunos aun lo son, y campesinos). Mi madre puede recordar todo esto como si fuera ayer. Pero es algo que quiere olvidar (y con derecho) pues, para ella, ser chicano significa en un nivel económico muy elemental ser “menos”. Y fue por ese deseo intenso de mi madre de proteger a sus hijos de la pobreza y del analfabetismo, que nos “anglizamos”. Entre más efectivamente pudiéramos pasar al mundo blanco, más garantizado estaría nuestro futuro.

A partir de todo esto experimenté diariamente una contradicción entre lo que aprendí al nacer y lo que tuve que aprender para convertirme en alguien. Porque (como Goldman sugiere), estas historias que mi madre me contó se deslizaron por debajo de mi piel de “güera”. Yo no tuve que hacer ninguna elección. Metí su vida dentro de mi corazón y pude ocultarla mientras fingí ser una feliz heterosexual que escalaba en términos sociales.

Cuando finalmente levanté la tapa que cubría mi lesbianismo, revivió en mí una profunda liga con mi madre. No fue sino hasta que reconocí y confronté mi propio lesbianismo a flor de piel, que sentí una estrecha identificación con mi madre, con su opresión por ser pobre, sin educación, y chicana. Mi lesbianismo es la avenida que me ha permitido comprender mejor el silencio y la opresión, y sigue siendo el más claro recordatorio de que no somos seres humanos libres.

Una cosa sigue a la otra. Supe por años que era lesbiana, lo había sentido en mis huesos, había sufrido con este conocimiento; me volvía loca, me ahogaba al silenciarlo. El silencio es como el hambre, no te engañes, y se siente más cuando una ha tenido el estómago lleno la mayor parte de su vida. Cuando no nos estamos muriendo físicamente de hambre, podemos darnos el lujo de advertir nuestra miseria psíquica y moral. Y a partir de esta miseria, podemos reconocer otras miserias—si una está dispuesta a arriesgarse a relacionarlo—si una está dispuesta a ser responsable de los resultados de esa relación. Para mí es inevitable esta relación.

Lo que estoy diciendo es que la alegría de verse como una chica blanca no es tan grande, desde que me di cuenta de que puedo ser golpeada en la calle por lesbiana. Si mi hermana es golpeada por negra, se puede aplicar el mismo principio. Ambas somos golpeadas, de cualquier lado que lo veas; y en el caso de mi propia familia, la diferencia de privilegios unida al hecho de ser blanca en lugar de café, está solamente a una generación de distancia.

En este país el lesbianismo es una pobreza, como ser oscura, como ser mujer, como ser simplemente pobre. El peligro radica en alinear estas opresiones. El peligro radica en no ser capaz de reconocer la especificidad de la opresión. El peligro radica en tratar de enfrentar esta opresión en términos meramente teóricos. Sin una envoltura emocional sentida en el corazón que surja de nuestra opresión, sin que se nombre al enemigo que llevamos dentro de nosotras mismas y fuera de nosotras, ningún contacto auténtico no jerárquico entre grupos oprimidos puede llevarse a cabo.

Cuando las cosas se vuelvan más violentas, ¿abandonaremos a nuestras llamadas compañeras en una conmoción heterosexista-racista? ¿En qué frente debe luchar entonces la lesbiana de color? Su sola presencia viola la graduación y la abstracción de la opresión. ¿Solamente vivimos mano a boca? ¿Solamente luchamos con el “ismo” sentado en la punta de nuestras cabezas?

La respuesta es: sí, pienso que eso hacemos; y que debemos hacerlo profunda y ampliamente. Pero el ser incapaces de movernos de ahí sólo nos aislará en nuestra propia opresión, nos apartará más que radicalizarnos.

Para ilustrar: Un amigo mío, blanco y homosexual, me confió una vez que sentía, en cierto nivel, que yo no confiaba en él porque era hombre; y sentía realmente que si llegáramos a algo así como la “batalla de los sexos”, tal vez lo mataría. Y yo admití que probablemente lo haría. El quiso entender las razones de mi desconfianza. Le respondí, “Tú no eres una mujer; sé mujer por un día para que entiendas la base de mi desconfianza”.

Me confesó que la idea lo aterrorizaba porque, para él, ser mujer significa ser violada por hombres. El se había sentido violado por los hombres y quería olvidar lo que esto significaba. Lo que surgió de esa discusión fue que sintió con toda su fuerza que, para poder realizar una verdadera alianza conmigo, debía entender y asimilar su propia experiencia de opresión, su vivencia como víctima. Si él o cualquier otra persona intentaran hacer esto honestamente, sería imposible seguir desconociendo la opresión de otras, de otros, a no ser que olvidáramos nuevamente cómo hemos sido heridos.

Y sin embargo, los grupos oprimidos lo olvidan constantemente. De ello hay rasgos en la creciente clase media negra y, ciertamente, existe una corriente muy obvia entre los hombres blancos homosexuales de “inconsciencia capitalista”. Porque recordar tal vez significaría dejar cualesquiera de los privilegios que hemos sido capaces de exprimir a esta sociedad en virtud de nuestra raza, género, clase o sexualidad.

Dentro del movimiento feminista, las relaciones entre mujeres de orígenes diversos y orientaciones sexuales diferentes han sido, en el mejor de los casos, frágiles. Pienso que este fenómeno es indicativo de nuestra incapacidad para enfrentarnos seriamente nosotras mismas a preguntas que nos dan mucho miedo. ¿Cómo he internalizado mi propia opresión? ¿Cómo he oprimido? En lugar de ello hemos dejado que le retórica haga el trabajo de la poesía. Aun la palabra “opresión” ha perdido su fuerza. Necesitamos un lenguaje nuevo, palabras

mejores que puedan describir de manera más cercana los miedos de las mujeres y la resistencia de una hacia la otra; palabras que no siempre suenen a dogma.

Lo que primero me motivó a trabajar en una antología de mujeres radicales de color fue el profundo sentimiento de que tenía yo una valiosa e íntima aportación que hacer en virtud de mi nacimiento y mis antecedentes. Y, sin embargo, yo no sé cómo se siente ser cagada por ser oscura. Sé mucho más acerca de las alegrías de serlo—de ser chicana y tener una familia, que son sinónimos para mí. Lo que sé acerca de amar, cantar, llorar, contar historias, hablar con el corazón y las manos, incluso tener conciencia de mi propia alma viene del amor de mi madre, hermanas, tíos, primas...

Pero a la edad de veintisiete años sigue siendo aterrador reconocer que he internalizado un racismo y un clasismo cuyo objeto de opresión no es alguien fuera de mi piel, sino alguien que está dentro de mi piel. De hecho, en gran medida, la batalla real contra esa opresión empieza para todas nosotras debajo de nuestra piel. He tenido que confrontar que mucho de lo que yo valoro acerca de ser chicana, acerca de mi familia, ha sido subvertido por la cultura anglo y mi cooperación con ella. Y ésto no lo supe de un día para otro. Sólo tiempo después de mi graduación, en una universidad privada de Los Angeles, me di cuenta que la razón principal de mi total alienación respecto a mis compañeros de clases estaba arraigada en consideraciones de clase y cultura.

Tres años después de mi graduación, en una reunión de Sonoma, una amiga mía (que viene de una familia obrera de origen ítalo-irlandés) me dijo, “Cherríe, no me extraña que te hayas sentido como una tonta en la escuela, si la mayor parte de la gente ahí era blanca y rica”.

Era cierto. Todo el tiempo sentí la diferencia, pero no fue sino hasta el momento en que puse las palabras “raza” y “clase” junto a mi experiencia, que pude entender mis sentimientos. Durante años, me había reprochado a mí misma por no ser tan “libre” como mis condiscípulos. Creí que se debía a que ellos tenían más valor que yo para rebelarse contra sus padres y recorrer el país pidiendo aventones, leyendo libros y estudiando “arte”. Tenían suficientes privilegios para poder ser ateos, por el amor de Dios. No había, sin embargo, nadie cerca de mí para explicarme la disparidad entre sus padres, que eran productores de cine en Hollywood, y mis padres, que no podrían nombrar a un solo productor de cine aunque su vida dependiera de

ello (y precisamente porque su vida no dependía de esto, no podrían ser molestados). Pero yo no sabía nada entonces acerca del "privilegio". Lo blanco era lo correcto. Punto. Yo podía "pasar".\* Si lograba alcanzar suficiente educación, nadie notaría la diferencia.

Tres años después tuve una experiencia similar. Le escribí a una amiga:

*Fui al recital de Ntosake Shange.\*\* Ahí, para mí, todo estalló. Ella habló en un lenguaje que yo sabía que existía—en las partes más profundas de mí—y que había ignorado en mis estudios feministas y aun en mi propia escritura. Lo que Ntosake me hizo descubrir fue que en mi propio desarrollo como poeta, he negado de muchas maneras la voz de mi propia madre oscura. Lo oscuro en mí. Me he aclimatado al sonido de un lenguaje blanco que, aunque representado por mi padre, no habla en mis poemas a las emociones—emociones que emanen del amor a mi madre.*

*La lectura fue agitadora. Me hizo sentir desasosegada. Me precipitó en una semana de terror por tanto que me afectó. Sentí que debería empezar otra vez. Que yo solamente atendí a las percepciones de las mujeres blancas de clase media que hablaban por mí y por todas las mujeres. Me asusté de mi propia ignorancia.*

Sentada en un asiento del auditorio, me di cuenta de la manera más profunda que por años he renegado del lenguaje que conocía mejor—he ignorado las palabras y los ritmos que estaban más cerca de mí. Los sonidos de mi madre y mis tíos cuchicheando—mitad en inglés, mitad en español—mientras bebían cerveza en la cocina. Y las manos—he quitado las manos de mis poemas. Pero no de la conversación; las manos no pueden mantenerse quietas. Siempre han insistido en moverse.

La lectura me obligó a recordar cosas que siempre he sabido, cosas a partir de mis raíces. Pero el recordar me obliga a enfrentar lo que no sé. La lectura de Shange me conmovió porque hablaba con fuerza de un mundo que me es conocido y lejano. "La capacidad de entrar en las vidas de otros". Pero una no puede tomar solamente lo bueno y correr. Yo supe, mientras estaba sentada en aquel auditorio de Oakland (como

\*Aquí la autora se refiere al privilegio social de ser percibida como anglo-sajona, con el resultado de que se le niega su herencia mexicana, o sea, su mestizaje.

\*\*Ntosake Shange es una escritora afroamericana y autora de la obra feminista controvertida, *for cullud girls who have considered suicide when the rainbow wasn't enuf* (para muchachas negras que han contemplado el suicidio cuando el arcoiris no dio abasto). New York: Macmillan, 1977.

lo sé en mi poesía), que lo único digno de escribirse es aquello que parece desconocido y, por lo tanto, aterrador.

Muchas veces lo desconocido es presentado en la literatura como lo "oscuro" que existe dentro de una persona. De forma parecida, los escritores sexistas se refieren al miedo en la forma de una vagina, llamándole "el orificio de la muerte". En contraste, es un placer leer trabajos como el de Maxine Hong Kingston *La mujer guerrera*.\* En ellos el miedo y la alienación son representados como los "fantasmas blancos". Y sin embargo el grueso de la literatura en este país refuerza el mito de que lo oscuro y femenino es maligno. Consecuentemente, cada una de nosotras—sea oscura, mujer, o ambas—ha internalizado en alguna medida esta imaginería opresiva. Lo que el opresor consigue, muchas veces, es simplemente exteriorizar sus miedos proyectándolos en los cuerpos de las mujeres. Asiáticos, homosexuales, inválidos, cualquier que parezca más "el otro".

Llámame  
Cucaracha y presumida  
pesadilla en tu almohada blanca  
tú te consumes por destruir  
la indestructible  
parte de ti.  
—Audre Lorde\*\*

Verdaderamente, el opresor no teme tanto a la diferencia como a la similitud. Teme descubrir en sí mismo las mismas penas, los mismos deseos que los de la gente a quien ha herido. Teme la inmovilización que le amenaza a raíz de su culpa incipiente. El opresor teme que tendrá que cambiar su vida una vez que se haya visto en los cuerpos de quienes ha llamado diferentes. Teme el odio, la rabia y la venganza de quienes ha herido.

Esta es la pesadilla del opresor, pero no es exclusiva de él. Nosotras, las mujeres, tenemos una pesadilla similar, pues cada una ha sido en alguna medida oprimida y opresora. Tememos ver cómo nos hemos fallado una a la otra. Tenemos miedo de ver cómo hemos incorporado los valores de nuestro opresor en nuestros corazones,

\**The Woman Warrior: Memories of a Girlhood Among Ghosts* (*La mujer guerrera: memorias de una infancia entre fantasmas*). New York: Vintage, 1975.

\*\*"The Brown Menace or Poem to the Survival of Roaches" ("La amenaza oscura o el poema a la supervivencia de las cucarachas"), *The New York Head Shop and Museum*. Detroit: Broadside, 1974, p. 48.

volteándolos contra nosotras mismas y contra otras. Tenemos miedo de admitir lo mucho que del mundo “del hombre” hemos integrado dentro de nosotras.

Admitir el daño es peligroso. Pienso cómo, aun siendo lesbiana feminista, he querido ignorar mi propia homofobia, mi propio odio a mí misma por ser jota. No he querido admitir que el sentido más profundo de mí misma no está al nivel de mi política de “mujer identificada con las mujeres”. He tenido miedo de criticar a las escritoras lésbicas que escogen “saltarse” esos temas en nombre del feminismo. En 1979, hablábamos de los roles de “la vieja lesbiana” y de “butch y femme” como si fueran parte de la historia antigua. Nosotras los desecharmos como nociones patriarcales y, sin embargo, la verdad del asunto es que muchas veces he adoptado los miedos sociales y el odio hacia las lesbianas que se acuestan conmigo. Y he odiado a veces a mi amante por quererme. Algunas veces no me he sentido “suficiente hombre”. Para una lesbiana que trata de sobrevivir en una sociedad heterosexual, no hay un camino fácil para atender estas emociones. De manera similar, en un mundo dominado por los blancos, no es fácil librarse del racismo y de nuestra propia internalización de él. Siempre está ahí, personificado en quien menos esperamos refregárselo.

El reto está cuando lo restregamos contra esa persona. Entonces ahí está la oportunidad de ver la pesadilla que existe dentro de nosotras. Pero usualmente nos encogemos ante tal reto.

Una y otra vez he observado la respuesta habitual en grupos de mujeres blancas cuando surge “el tema del racismo”: su actitud es negar la diferencia. Y he oído comentarios como: “Bueno, estamos abiertas a todas las mujeres; ¿por qué ellas (las mujeres de color) no tratan de venir? Una solamente puede tratar hasta cierto punto...” Pero rara vez se da un análisis de cómo la misma estructura del grupo puede basarse en supuestos racistas y clasistas. Más importante aun con frecuencia, las mujeres no suelen experimentar una pérdida, un hueco, una ausencia cuando no hay mujeres de color involucradas; y a pesar de todo esto, hay pocos deseos de cambiar la situación. Esto me ha herido profundamente. He llegado a creer que la única razón que puede llevar a las mujeres de una clase privilegiada a darse cuenta de cómo *ellas mismas* oprimen, es cuando llegan a conocer el significado de su propia opresión. Y entienden que la opresión de otros las hiere personalmente.

El otro lado de la historia es que las mujeres de color y las mujeres blancas de clase obrera se encogen muchas veces ante el reto de cuestionar a las mujeres blancas de clase media. Es mucho más fácil

graduar las opresiones y crear una jerarquía, antes que asumir la responsabilidad de cambiar nuestras propias vidas. Nosotras no hemos sido capaces de exigir a las mujeres blancas en particular, a las que dicen hablar por todas las mujeres, que se responsabilicen de su propio racismo.

Simplemente el diálogo no ha llegado a niveles tan profundos.

Muchas veces he cuestionado mi derecho a recopilar una antología escrita “exclusivamente por mujeres de color”. He tenido que ver críticamente mi reivindicación por mi color, en un momento en que entre las fallas de las feministas blancas, éste es un argumento “políticamente correcto” (y algunas veces periféricamente ventajoso). Debo reconocer el hecho de que físicamente yo pude elegir respecto a esta reivindicación, en contraste con las mujeres que no pudieron hacerlo, y se les maltrató, además, por ser de color. Yo debo reconocer que la mayor parte de mi vida, por el simple hecho de que me veo blanca, me identifiqué y aspiré a tener valores blancos, y que rolé la ola de aquel privilegio de California del Sur, tanto como mi conciencia me lo permitió.

Bueno, pues ahora me siento blanqueada y encallada; y estoy enojada por esto. Por los años en que yo rechacé reconocer el privilegio, tanto cuando estaba en mi contra, como cuando ignorándolo, disfrutaba de él a expensas de los demás. Pero estos asuntos no están resueltos. Por ello este ensayo resulta tan arriesgado para mí. Y todavía hay más por descubrir. Me ha hecho entrar en contacto con otras mujeres que invariablemente saben un demonio más que yo sobre racismo, porque lo han experimentado en su piel, como lo revela la piel de su escritura.

Y pienso: ¿Cuál puede ser mi responsabilidad hacia mis raíces?, tanto respecto a las blancas como a las oscuras, las de habla española como inglesa. Yo soy una mujer con un pie en ambos mundos. Rechazo la ruptura. Siento la necesidad de diálogo. Muchas veces lo siento urgentemente.

Pero una voz no es suficiente, ni dos, aunque claro que ahí es donde el diálogo comienza. Es esencial que las feministas confrontemos nuestro miedo y la resistencia de una hacia la otra, porque sin esto, no habrá pan en la mesa. Simplemente, nosotras no sobreviviremos. Si podemos relacionar ésto en nuestros corazones, es decir, si de veras tomamos en serio la idea de una revolución, mejor aun, si de verdad

creemos que puede haber alegría en nuestras vidas (alegría verdadera y no simplemente “buenos tiempos”), entonces nos necesitamos una a la otra. Las mujeres nos necesitamos entre sí. Porque mi/tu solitario reconocimiento de tener que vencer el miedo que nos domina no es suficiente. El verdadero poder, como tú y yo lo sabemos bien, es colectivo. Yo no puedo soportar tenerte miedo ni tú a mí. Si para ello se requiere un choque de cabezas, hagámoslo. Esta refinada timidez nos está matando.

Como Lorde sugiere en el pasaje citado, sólo mirando a la pesadilla se encuentra el sueño. Ahí la sobreviviente emerge para insistir en un futuro, en una visión nacida, sí, de lo que es oscuro y femenino. El movimiento feminista debe ser un movimiento de sobrevivientes, un movimiento con un futuro.

*septiembre de 1979*



# Sueños de la violencia

*Naomi Littlebear*



"Canadian Mercury Poisoning" ("Envenenamiento de mercurio")  
por Ester Hernández  
tinta en cartón, 1973 — 46 cm x 36 cm

*Los gritos de los muchachos de la escuela me despertaron. Pensé oírlos golpear a alguien. Sólidos y recios puñetazos me temblaban en los oídos, una voz ronca, cantando horriblemente en sucesión rápida, "Ay dios mío, ay dios mío"...*

*Cerré los ojos y me hundí en el pánico que me aterrorizaba esa mañana. Huí hacia el pasado, hacia algún momento de la primaria, caminaba a casa con mi prima Virginia...*

## I

Había un sabor inequívocamente amargo en el aire alrededor de nosotras, un aviso. Se nos congeló el corazón de miedo en el momento antes de realmente verlos. De repente como una estampida de toros fieros saltaron hacia nosotras. Gritando como demonios salvajes media docena o más de muchachos nos atacaron con un borrón frenético de chaquetas de cuero y sus abrochadores corredizos de dientes metálicos que golpeaban nuestros cuerpos aturdidos. Las piernas se nos hacían goma al correr; podía oír a Virginia llamando, "Mamá, Mamá". Un ruido como el revoloteo de alas me penetraba los oídos, alas que picaban mi piel, que hacían que se hincharan mis labios dolorosamente; a la fuerza hicimos camino a través de cuerpos confusos, a través de la lluvia de cuero y los horrorizantes gritos de rabia a través de la lluvia de cuero.

Se dispersaron por milagro, parecía que la misma fuerza que los trajo los agarró de nuevo y los dispersó a otros oscuros rincones del barrio.

Mi cara ardía y se hinchaba. Sentí que las lágrimas corrían como ríos ardientes por mis mejillas. Todavía podía oír a Virginia llamando a su mamá, aunque ahora era solamente un bulto de dolor & lloros. Aun podía recordar mi propio silencio tronando por mi cuerpo.

Al acercarnos a la casa, mi miedo aumentó. Sabía lo que me esperaba allí. Podría cerrar los ojos y ver el acoso repetirse cien veces.

Lentamente abordé la puerta y antes de entrar por completo, ella intuía la travesura, presentía la energía—mi abuela inmediatamente paraba lo que estuviera haciendo y exigía todo el cuento. Pero siempre interrumpía mi relato a mitad de la frase. Porque no importaba en qué estado me encontrara yo, según ella, yo lo había provocado.

“¿Por qué estás sucia?” “¿Has estado peleando?” “¿Te rompiste el vestido?”—una descarga de exigencias y acusaciones me amenazaban, atemorizándome al verla acercándoseme y agarrar la correa que colgaba tras la puerta—su “*bonito*” como le llamaba ella. Se me venía encima alcanzándome con la correa en la mano. Los pies se me volvían de plomo. Al tratar de huir, me acorralaba en un rincón.

## II

Pero allí donde la correa no me alcanzaba, un pellizco malicioso sí. Huí por la puerta mientras que me caían más picadas de correa. Huí lejos, a dos cuadras de distancia. La piel me hervía de rayas y cruces rojas empalmadas sobre los rasguños de las chaquetas de los muchachos. Lloré a solas hasta que no podía percibir ni la gente ni los carros que pasaban.



Ahora estoy despierta, mi amante aun duerme a mi lado, me pregunto cómo podremos mezclar nuestros dos mundos. ¿Cómo remendar los daños de nuestros pasados, cómo alejarnos valientemente de nuestras pesadillas?

Los ataques sobre ella fueron más sutiles, ocultados dentro de la protección falsa de su hogar; en vez de perseguirla pandillas de muchachos, su hermano fue la intrusión nocturna, usando su cuerpo joven de niña para masturbarse, mientras cerraba sus ojos demasiado entorpecida y temerosa de hablar.

Aunque los temores aun están allí ni una ni la otra tenemos más alternativa que ser sobrevivientes. Cada vez que veo un grupo de hombres, se me hunde el corazón hasta los pies, cada vez que de repente oigo ruidos, choques, gritos masculinos o aun, su mera risa, me encojo por dentro, rehujo hasta las paredes de mi alma, busco un lugar donde esconderme.

**Naomi Littlebear Morena** escribe de su vida lo siguiente: “*Esto no ha sido un cuento de hadas. Yo odiaba los pleitos de las palomillas, la vida de la calle, tropezar con las drogas, comportarme muy ‘brava’, ser pobre, vestida en complejos de la inferioridad de segunda mano, pachucos bocones y sus contrapartes gavachos. Estoy reconstruyendo mis sueños rotos en Portland, Oregon*”. Ella es una música y compositora que ha cantado a través de los EEUU.

# Hablar en lenguas

## Una carta a escritoras tercermundistas\*

Gloria Anzaldúa

21 mayo 1980\*\*

Queridas mujeres de color, compañeras de la escritura—

Aquí al sol, estoy sentada encuerada, máquina de escribir contra las rodillas, tratando de representármelas en mi mente. Una Negra arrebatada sobre un escritorio en el quinto piso de alguna casa de vecindad en Nueva York. Una chicana sentada en un porche en el sur de Tejas, abanicándose contra los zancudos y el aire cálido, tratando de estimular las chispas ardientes de la escritura. Una mujer indígena andando a la escuela o al trabajo lamentando la falta de tiempo para tejer la escritura en su vida. Una madre soltera lesbica asiático-americana, jalada en todas direcciones por sus hijos, amante o ex-marido, y la escritura.

No es fácil escribir esta carta. Empezó como poema, un poema largo. Traté de convertirlo en un ensayo, pero resultó rígido, frío. Aun no he desaprendido el lavado de cerebro, la mierda esotérica y el seudointelectualismo que la escuela ha forzado en mi escritura.

Cómo empezar de nuevo. Cómo aproximar la intimidad y la inmediación que quiero. ¿Cuál forma? Una carta, por supuesto.

Mis queridas hermanas, hay muchos peligros que confrontamos como mujeres de color. No podemos trascender los peligros, ni ascender sobre ellos. Tenemos que atravesarlos y esperar que no tengamos que repetir la acción.

\*Escrito originalmente para *Words in Our Pockets* (*Palabras en nuestros bolsillos*), editado por Celeste West de Bootlegger Press, San Francisco.

\*\*Palabras escritas en este estilo indican términos o frases originales de la autora. —Traductora.



Sin título, por Marina Gutiérrez

acrílico en madera (masonite) con metal suspendido en relieve  
1988 — 152 cm x 122 cm

No es probable ser amigas de gente literaria en lugares altos, la principiante de color es invisible en el mundo principal del hombre blanco y en el mundo feminista de las mujeres blancas, aunque en éste hay cambios graduales. La lesbiana de color no sólo es invisible, ni siquiera existe. Nuestro lenguaje, también, es inaudible. Hablamos en lenguas como las repudiadas y locas.

Porque ojos de blancos no quieren conocernos, no se molestan por aprender nuestro lenguaje, el lenguaje que nos refleja a nosotras, a nuestra cultura, a nuestro espíritu. Las escuelas a que asistimos o no asistimos no nos dieron las habilidades para escribir ni la confianza en que teníamos razón de usar los idiomas de nuestra clase y etnicidad. (Yo, por una, me especialicé y me hice adepta en el inglés por despecho, para desmentir a los arrogantes maestros racistas que pensaban que todos los niños Chicanos eran tontos y sucios.) Y no se nos enseñó español en primaria. Y no se nos exigió en la secundaria. Y aunque ahora escribo mis poemas en español tanto como en inglés siento el robo de mi lengua nativa.

Me falta imaginación dices

No. Me falta el lenguaje.

El lenguaje para clarificar  
mi resistencia a las letradas.

Las palabras son una guerra para mí.  
Amenazan a mi familia.

Para ganar la palabra  
para describir la pérdida  
tomo el riesgo de perder todo.

Podré crear un monstruo  
el cuerpo y extensión de la palabra  
hinchándose de colores y emocionante  
amenazando a mi madre, caracterizada.  
Su voz en la distancia  
analfabeta ininteligible.

Estas son las palabras del monstruo.<sup>1</sup>

—Cherríe Moraga

¿Quién nos dio el permiso de realizar el acto de escribir? ¿Por qué será que el escribir se siente tan innatural para mí? Hago cualquier cosa para posponerlo—vaciar la basura, contestar el teléfono. La voz vuelve

a recurrir en mí: *¿Quién soy yo, una pobre Chicanita del campo, que piensa que puede escribir?* *¿Cómo aun me atrevo a considerar hacerme escritora mientras me agachaba sobre las siembras de tomates, encorvada, encorvada bajo el sol caliente, manos ensanchadas y callosas, no apropiadas para sostener la pluma, embrutecida como animal estupefacto por el calor?*

Qué difícil es para nosotras pensar que podemos ser escritoras, y más aun sentir y creer que podemos hacerlo. ¿Qué tenemos para contribuir, para dar? Nuestras propias esperanzas nos condicionan. ¿Acaso no nos dice nuestra clase, nuestra cultura, tanto como el hombre blanco que el escribir no es para mujeres tal como nosotras?

El hombre blanco habla: *Quizás si raspas lo moreno de tu cara.* *Quizás si blanqueas tus huesos.* *Deja de hablar en lenguas, deja de escribir con la mano zurda.\* No cultives tu piel de color, ni tus lenguas en llamas siquieres tener éxito en un mundo de la mano derecha.*

"El hombre, como todos los animales, teme y repele lo que no entiende, y la mera diferencia es apta a connotar algo maligno".<sup>2</sup>

Pienso, sí, tal vez si vamos a la universidad. Tal vez si nos hacemos varón-mujeres o tan media clase como podamos. Tal vez si dejamos de amar a las mujeres, mereceremos tener algo que decir que valga decirse. Nos convencen que tenemos que cultivar el arte por el arte. Inclinarnos al toro sagrado, la forma. Poner cuadros y metacuadros alrededor de la escritura. Lograr la distancia para ganar el título codiciado de "escritora literaria" o "escritora profesional". Sobretodo no seas sencilla, ni directa, ni inmediata.

¿Por qué luchan contra nosotras? ¿Por qué creen que somos bestias peligrosas? ¿Por qué somos bestias peligrosas? Porque agitamos y frecuentemente quebramos las cómodas imágenes estereotípicas que los blancos tienen de nosotras: la sirvienta Negra, la niñera torpe con doce bebés chupándole las tetas, la china de ojos sesgados con su mano experta—"Saben como tratar a un hombre en la cama", la cara chata de la chicana, o la india, pasivamente reposada sobre su espalda, mientras el Hombre la chinga, estilo *La Chingada*.

La mujer terceromundista se rebela: *Cancelamos, borramos tu señal de hombre blanco. Cuando vengas a tocar a nuestras puertas con tus estampas de goma para marcarnos la cara con TONTA, HISTERICA, PASIVA,*

\*La mano zurda aquí representa lo que tradicionalmente no es aceptable a la sociedad dominante. Frecuentemente se refiere al mundo espiritual u oculto.  
—Editora.

*PUTA, PERVERSA, cuando vengas con tu hierro de manear para quemar MI PROPIEDAD en nuestras nalgas, vomitaremos en tu boca la culpa, la abnegación y el odio de la raza que nos has forzado a comer. Acabamos de ser cojines para tus temores proyectados. Estamos cansadas de ser tus corderos sacrificatorios y chivos expiatorios.*

Puedo escribir esto y aun reconozco que muchas de nosotras, mujeres de color, las que hemos colgado títulos, credenciales y libros publicados alrededor de nuestros cuellos como collares de perlas los cuales agarramos como a la vida querida, estamos en peligro de contribuir a la invisibilidad de nuestras hermanas escritoras. *"La Vendida"*, la que se vendió.

*El peligro de vender las ideologías de una misma.* Para la mujer terceromundista que tiene, si acaso, un pie en el mundo feminista literario, la tentación es grande de adoptar las modas actuales de sentir y de teorizar, las últimas verdades a medias del pensamiento político, los axiomas psicológicos dirigidos a medias de la nueva era que son predicados por el establecimiento feminista blanco. Sus discípulas son notorias por "adoptar" a mujeres de color como su "causa" mientras aun esperan que nosotras nos adaptemos a sus expectativas y a su lenguaje.

Cómo nos atrevemos a salirnos de nuestras caras de color. Cómo nos atrevemos a revelar la carne humana bajo la piel y sangrar sangre roja como el pueblo blanco. Se lleva una energía y valor tremenda para no asentir, para no capitular a la definición del feminismo que a la mayoría de nosotras hace invisibles.

Luisah Teish\* al dirigirse a un grupo de escritoras feministas predominantemente blancas tuvo esto que decir de la experiencia de las mujeres terceromundistas:

"Si no estás atrapada en el laberinto en que estamos nosotras es muy difícil explicarte las horas del día que no tenemos. Y las horas que no tenemos son horas que se traducen en habilidades para la sobrevivencia y el dinero. Y cuando se nos quita una de esas horas no quiere decir que es una hora que tendremos para reposarnos, mirar al techo o que es una hora que tendremos para hablar con una amiga. Para mí, es una hogaza de pan".

\*Luisah Teish es escritora afroamericana y autora de JAMBALAYA: The Natural Woman's Book of Personal Charms and Rituals (El libro de hechizos y ritos personales para la mujer natural, Nueva York: Harper & Row, 1985).

*¿Por qué me siento tan obligada a escribir? Porque la escritura me salva de esta complacencia que temo. Porque no tengo otra alternativa. Porque tengo que mantener vivo el espíritu de mi rebeldía y de mí misma. Porque el mundo que creo en la escritura me compensa por lo que el mundo real no me da. Al escribir, pongo el mundo en orden, le doy una agarradera para apoderarme de él. Escribo porque la vida no apacigua mis apetitos ni el hambre. Escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo, para escribir nuevamente los cuentos malescritos acerca de mí, de ti. Para ser más íntima conmigo misma y contigo. Para descubrirme, preservarme, construirme, para lograr la autoautonomía. Para dispersar los mitos que soy una profeta loca o una pobre alma sufriente. Para convencerme a mí misma que soy valiosa y que lo que yo tengo que decir no es un saco de mierda. Para demostrar que sí puedo y sí escribiré, no importan sus admoniciones de lo contrario. Y escribiré sobre lo inmencionable, no importan ni el grito del censor ni del público. Finalmente, escribo porque temo escribir, pero tengo más miedo de no escribir.*

El acto de escribir es el acto de hacer el alma, alquimia. Es la búsqueda de una misma, del centro del ser, que nosotras como mujeres hemos llegado a pensar como el "otro" — lo oscuro, lo femenino. ¿Qué no empezamos a escribir para reconciliar este otro dentro de nosotras? Sabíamos que éramos diferentes, apartadas, exiliadas de lo que se considera "normal", blanco-correcto. Y mientras que internalizamos este exilio, llegamos a ver ese extranjero dentro de nosotras y a menudo, como resultado, nos dividimos de nosotras mismas y una de otra. De allí en adelante hemos estado en búsqueda de ese ser, de la "otra" y de cada una. Y regresamos en espirales que se extienden y nunca al lugar de la niñez donde sucedió, primero en nuestras familias, con nuestras madres, con nuestros padres. El escribir es un instrumento para agujerear ese misterio pero también nos ampara, nos da un margen de distancia, nos ayuda a sobrevivir. ¿Y éas que no sobreviven? Son el desperdicio de nosotras mismas: tanta carne tirada a los pies de la locura o del destino o del estado.

24 mayo 80

Está oscuro y húmedo y ha llovido todo el día. Me encantan los días así. Mientras estoy en cama puedo penetrar más adentro. Quizás hoy escriba desde ese centro profundo. Mientras busco las palabras y una voz para hablar de la escritura, miro de fijo mi mano morena agarrada de la pluma y pienso en ti, miles de millas de aquí agarrada de tu pluma. No estás sola.

Pluma, me siento en casa haciendo una pируeta con su tinta, meneando las telarañas, dejando mi firma en las vidrieras. Pluma, como pude haberte temido. Estás absolutamente domesticada pero estoy enamorada de tu salvajismo. Tendré que dejarte cuando te pongas obvia, cuando pares de perseguir polvaredas. Lo más que me engañas, lo más que te quiero. Es cuando estoy cansada y he tomado demasiada cafeína o vino que atraviesas mis defensas y dices más de lo que intentaba. Me sorprendes, me estrujas hasta reconocer alguna parte de mí que había ocultado hasta de mí misma.

—entrada en el diario

Desde la cocina las voces de mis compañeras de casa caen sobre estas páginas. Puedo ver a una de ellas andar por los cuartos en su bata de albornoz, descalza lavando trastes, sacudiendo el mantel, limpiando con el aspirador. Derivando un cierto placer viéndola hacer estos quehaceres sencillos, pienso, *mintieron, no hay separación entre la vida y el escribir*.

El peligro de escribir es no fundir nuestra experiencia personal y nuestra perspectiva del mundo con la realidad social en que vivimos, nuestra historia, nuestra economía, y nuestra visión. Lo que nos valoriza a nosotras como seres humanas nos valoriza como escritoras. *No hay tema que sea demasiado trivial*. El peligro es en ser demasiado universal y humanitaria e invocar lo eterno para el sacrificio de lo particular y de lo femenino y el momento histórico específico.

El problema es enfocarse, concentrarse. El cuerpo se distrae, nos sabotea con cien estafas, una taza de café, sacar la punta a los lápices. Y ¿quién tiene el tiempo o la energía para escribir después de cuidar al marido o al amante, los hijos, y casi siempre otro trabajo fuera de casa? Los problemas parecen insuperables y sí son, pero dejan de ser insuperables una vez que nos decidimos, que aunque seamos casadas o tengamos hijos o trabajemos fuera de casa, vamos a hacer el tiempo para escribir.

Olvídate del “cuarto propio”\*—escribe en la cocina, enciérrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces fila en el Departamento de Beneficio Social o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el excusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos que seas rica, o tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas una máquina de

escribir). Mientras lavas los pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuando estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posea. Cuando no puedas hacer nada más que escribir.

26 mayo 80

Queridas mujeres de color, me siento pesada y cansada y traigo un zumbido en la cabeza—demasiadas cervezas anoche. Pero tengo que terminar esta carta. Mi incentivo, me invito a mí misma a comer pizza.

Así es que corto y pego y forro el piso con mis pedacitos de papel. Mi vida regada en el piso en pedacitos y piezas y trato de poner en algún orden trabajando contra el tiempo, preparándome psicológicamente con café descafeinado, tratando de llenar los huecos.

Leslie, mi compañera de casa, entra y se pone de rodillas a leer mis fragmentos en el piso y dice, “Está bien, Gloria”. Y yo pienso: *No tengo que regresar a Tejas, a mi familia de tierra, mezquites, nopales, serpientes de cascabel y correcaminos. Mi familia, esta comunidad de escritoras. Como pude haber vivido y sobrevivido tanto tiempo sin ella. Y recuerdo el aislamiento, vivir de nuevo el dolor*.

“Calcular el daño es un acto peligroso”, escribe Cherríe Moraga.<sup>3</sup> Detenernos allí es aun más peligroso. Ahora entiendo porqué he resistido el acto de escribir, el compromiso de escribir. Escribir es confrontar nuestros demonios, verlos a la cara, y vivir para escribir de ellos. El miedo actúa como un imán, saca los demonios del closet y se meten en la tinta de nuestras plumas.

El tigre que cabalga sobre nuestras espaldas nunca nos deja solas. Pide que escriba constantemente hasta que empecemos a sentirnos que somos vampiras chupando la sangre de una experiencia demasiado fresca, que estamos chupando la sangre de la vida para darle de comer a la pluma. Escribir es la cosa más arriesgada que he hecho y la más peligrosa. Nellie Wong llama al escribir “el demonio de tres ojos chillando la verdad”.<sup>4</sup>

Escribir es peligroso porque tenemos miedo de lo que la escritura revela: los temores, los corajes, la fuerza de una mujer bajo una opresión triple o cuádruple. Pero en ese mero acto se encuentra nuestra sobrevivencia porque una mujer que escribe tiene poder. Y a una mujer de poder se le teme.

“¿Qué significó decir para una Negra ser una artista durante la época de nuestras abuelas?... Es una pregunta con una respuesta tan cruel como para parar la sangre...”<sup>5</sup>

—Alice Walker

\*Anzaldúa se refiere a *A Room of One's Own* (*Un cuarto propio*), libro de Virginia Woolf en el que declara que una sólo necesita dinero y un cuarto propio para escribir. —Editora.

Nunca he visto tanto poder en la habilidad de conmover y transformar a otras como el de la escritura de las mujeres de color. Con estas mujeres, la soledad del escribir y el sentido de ser impotente se pueden dispersar. Podemos andar entre nosotras hablando de nuestra escritura, leyendo nuestras obras en voz alta. Más y más cuando estoy sola, aunque todavía en comunión con cada una, la escritura me posee y me propulsa a saltar hacia un lugar sin tiempo, sin espacio donde me olvido de mí misma y me siento parte del universo. Esto es el poder.

No creas en el papel, pero en tus entrañas, en tus tripas y del tejido vivo—escritura orgánica le llamo yo. Un poema trabaja para mí no cuando dice lo que quiero que diga y no cuando evoca lo que quiero. Trabaja cuando el tema con el que empecé se metamorfosea alquímicamente en otro distinto, uno que se ha descubierto, o destapado, por el poema mismo. Trabaja cuando me sorprende, cuando dice algo que he reprimido o he fingido no saber. El sentido y valor de mi escritura se miden por el riesgo que corro yo y la desnudez que logro.

"Audre [Lorde] dijo que necesitamos elevar la voz. Hablar recto, decir cosas que trastornan y ser peligrosas y simplemente chingar, demonios, dejar que salga y que todos oigan quieran o no".<sup>6</sup>

—Kathy Kendell

Yo digo *mujer mágica*, vacíate a tí misma. Estrújate hasta percibir maneras nuevas de ver, estruja a tus lectores hasta lo mismo. Para el chirrido en su cabeza.

Tu piel debe ser lo suficientemente sensible para el beso más ligero y lo suficientemente gruesa para evitar las burlas. Si le vas a escupir en el ojo al mundo, asegúrate de que llevas la espalda contra el viento. Escribe de lo que más nos une a la vida, la sensación del cuerpo, las imágenes vistas, la extensión de la psique tranquila: momentos de alta intensidad, su movimiento, sonidos, pensamientos. Aunque pasamos hambre no somos pobres en experiencias.

"Pienso que muchas de nosotras hemos sido engañadas por los medios de comunicación para masas, por el acondicionamiento social de nuestras vidas que se deben vivir con grandes explosiones, como 'enamorarnos', o 'rendirnos al albedrío', y dejarnos hechizar por genios mágicos que realizan todo deseo nuestro, cada anhelo de la niñez. Los deseos, sueños y fantasías son partes importantes de nuestras vidas creativas. Son los pasos que una escritora integra en su técnica. Son el espectro de los recursos para alcanzar la verdad, el corazón de las cosas, la inmediación y el impacto del conflicto humano".<sup>7</sup>

— Nellie Wong

Muchas tienen una facilidad con las palabras. Se dan la etiqueta de profetas pero no ven. Muchas tienen el talento de hablar pero no dicen nada. No las escuches. Muchas de las que tienen palabras y lengua no tienen oído, no pueden escuchar y no oirán.

No hay necesidad de que las palabras se encuenen en la mente. Germinan en la boca abierta de una niña descalza entre las multitudes inquietas. Se secan en las torres de marfil y en las aulas de las universidades.

Tira lo abstracto y el aprendizaje académico, las reglas, el mapa y el compás. Tantea sin tapaojos. Para tocar más gente, las realidades personales y lo social se tienen que evocar—no a través de la retórica pero a través de la sangre y la pus y el sudor.

Escribe con tus ojos de pintor, con oídos de músico, con pies de danzantes. Tú eres la profeta con pluma y antorcha. Escribe con lengua de fuego. No dejes que la pluma te destierre de ti misma. No dejes que la tinta se coagule en el bolígrafo. No dejes que el censor apague las chispas, ni que las mordazas te callen la voz. Pon tu mierda en el papel.

No estamos reconciliadas con los opresores que afilan su gemido con nuestro lamento. No estamos reconciliadas.

Busca la musa dentro de ti misma. La voz que se encuentra enterrada debajo de ti, desentiérrala. No seas falsa con ella, ni trates de venderla por un aplauso, ni para que se te publique tu nombre.

Amor,

Gloria